



Rodillas de Camello

Nahui Olin Torres Ochoa*

Trabajaba de la mañana a la tarde y en las noches llegaba a mi departamento a leer un poco y dormir. Los fines de semana me permitía unos lujos, como ir a algún restaurante desconocido o un bar recomendado por alguno de mis ingenieros. Estaba bastante acostumbrado a mi rutina. Un carro, una cama, un cepillo, un plato, una taza y un tenedor. Nadie me visitaba, así que nunca necesité más.

Un viernes saliendo de trabajar, Alex, un ingeniero de otra línea de producción, nos invitó a un *teibol* en la Zona Norte de la ciudad. Acepté por aburrimiento y pareció una buena oportunidad para crear lazos con él. Otros dos colegas y yo nos subimos a la combi *tuneada* de Alex. En el camino reímos y cantamos canciones de *ska*. Alex era un sujeto gordo que hablaba siempre en doble sentido, con el talento de convertir a cualquiera que hiciera amistad con él en un patán.

Estaba claro que no nos trajo al teibol más famoso de la ciudad. Era el último edificio de la larga fila de clubes. La imponente estructura color verde neón, tapizada de carteles de cerveza y con la banquetta pegajosa de vomito, alumbraba la acera contraria. Las luces alcanzaban las casas viejas y los perros que abonaban al bullicio de la avenida. Al entrar, apareció una cortina de humo de cigarro y las luces láser. Alex conocía al dueño, así que, le daban una buena mesa y trato preferencial. Antes de que llegara la primera cubeta de cervezas, ya tenía a dos señoras sentadas, una en cada pierna.

Para ser mi primera experiencia en un tugurio de la ciudad me la estaba pasando muy bien. Una señora redonda de cabello güero me comenzó a bailar y no la detuve. Tomó mis manos y las puso en sus flácidos senos. Lo disfruté. Por presión social me vi obligado a tomar un profundo trago de cerveza. Cuando iba por la segunda, anunciaron a los

* Estudiante de la Licenciatura en
Ingeniería Química en la Facultad
de Ciencias Químicas e Ingeniería,
Universidad Autónoma de Baja
California.

ganadores de la rifa mensual. El primer lugar era una botella de vodka; el segundo, una cubeta y el tercero, un seis de cerveza. Un hombre con bigotes como alambres y barriga pronunciada subió al escenario.

—Buenas tardes caballeros, con ustedes las chicas que entregarán los premios de esta noche. Primer Lugar: Jessica. Un aplauso para ella.— una morena voluptuosa con tacones de aguja y un vestido dorado subió las escaleras, cargando unos enormes pechos con su cintura de avispa. El público enloquecía. —Segundo Lugar: Yesenia— subió una güera con vestido plateado que parecía europea. —Tercer lugar: Monike.

Hubo silencio total. Subió las escaleras una mujer con cuerpo adolescente, pálida, ojerosa, vestida de negro con piernas muy delgadas y rodillas de camello. Solo un par de personas aplaudieron. Ella no tenía cirugías, ni malicia en su mirada. No podía dejar de verla, estaba intrigado por la extraña belleza.

—Y el ganador del primer lugar es... ¡La mesa tres!

Alex se levantó entusiasmado, tirando a las dos mujeres en sus piernas. El gordo corrió triunfal al escenario para recoger su premio. Cuando lo tomó, las tres mujeres comenzaron a bailar con él, al ritmo de la canción de la marcha turca de Beethoven. Monike lo hacía con la mirada perdida, las otras lo hacían con un disfrute fingido. Yo no bailaré con ese gordo, ni por todo el dinero del mundo.

Cuando prendieron las luces del lugar, mis tres compañeros de trabajo estaban completamente borrachos. Ya sabía que terminaría como el conductor designado ¿cómo le hacen cuando nadie los lleva? Alex apuntó hacia el estacionamiento donde estaba la combi. Ayudé a los muchachos a subir a su carro cuando reconocí unas rodillas pronunciadas debajo de un saco color negro. Caminaba a paso veloz por la banqueta, como si huyera de algo. Cerré la puerta de la combi y la seguí hasta otro estacionamiento, donde un guardia me detuvo en seco. Vi que ella salía en un Honda viejo, asomándose por el retrovisor.

Al día siguiente no dejé de pensar en Monike durante el trabajo (tal vez se llamará Mónica, aunque sería muy obvio). Soñé con ella por dos noches. Teníamos una casa, dos hijos y hasta un perro. Decidí volver a verla el siguiente fin de semana. Me puse mi camisa favorita y me esforcé en verme presentable. Incluso me puse colonia y me lavé los

Caminaba a paso veloz por la banqueta, como si huyera de algo.

dientes. Pedí un Uber para llegar al lugar y bajé tan rápido que casi olvido pagarle al chofer.

La encontré recargada en una pared. Me senté en la primera mesa que vi desocupada y esperé a que me atendieran. Le di al mesero unos billetes y le dije que me la mandara a mi mesa. Monike camino hacia mí, con cara de niña emberrinchada. Se sentó en mi pierna derecha, pero ni me miró a los ojos. Mis manos sudaban detrás de su cintura y sentía mi estómago revuelto. Siempre tengo algo que decir, pero con ella las palabras no salían de mi boca. Así comenzó mi nueva rutina. Yo iba una vez a la semana al teibol a que ella estuviera callada en mis piernas.

Un día, pregunté si podíamos ir a otro lugar. La mirada de Monike me decía que nada le importaba. No tenía vida, cómo animal herido. Eso me intrigaba. Cuando invitaban a alguna a otro lugar, usualmente iban a la parte de atrás de la barra o a un motel. Pero yo quería conocerla, imaginarla conmigo. Pagué el precio por llevarla a mi departamento. Me sorprendían mis propias acciones: yo no era feo, ni tenía necesidad de pagar por amor.

Llegamos a mi departamento. Ella se detuvo a ver mis cosas, silenciosa, sin decir nada. Nos recostamos en el colchón, ambos con los ojos en el techo. Después de quince minutos deslicé mi mano y tomé la suya, fría y huesuda. Monike comenzó a llorar en silencio. La empujé contra mi cuerpo para abrazarla. Quería hacerle sentir que todo estaba bien y nada le iba a pasar conmigo. Ella me rechazó, con su mano bien plantada en mi pecho. Desde ahí, erguida, escuché su voz por primera vez. —¡Ya no quiero! ¡Estoy harta!— tomó los billetes que le di y me los tiró a la cara. Me quedé quieto y no la seguí.

Esa fue la última vez que la vi. Pasaron los meses y seguí frecuentando el teibol, pero nunca pude encontrarla. La vida continuó, me conseguí una novia del departamento de RH, imprudente y nalgona. Su carcajada retumbaba en las paredes y su conversación ponía a todos incómodos. Hace mucho tiempo que no me sentía consentido por una mujer. En menos de seis meses, mi departamento ya tenía dos carros, una cama matrimonial, dos cepillos, dos tazas y cuatro tenedores. Ella me adoraba y yo de verdad quería amarla como merecía, pero mi mente siempre volaba a Monike. A nuestra casa, hijos y sus rodillas.